

“CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES” APROXIMACIÓN A LA FORMACIÓN PSICOANALÍTICA

Exigimos que todo el que quiera ejercer en otros el análisis se someta antes, él mismo a un análisis.

Sigmund Freud

I

Ecce homo, la autobiografía filosófica de Nietzsche, lleva por subtítulo “Cómo se llega a ser lo que se es”, pregunta crucial aquí, para pensar ¿cómo se llega a ser psicoanalista? Se trata de pensar el llegar a ser, lo que por principio pone de manifiesto que no se es. No se es psicoanalista, se llega a ser.

El objetivo de la presente reflexión es dar respuesta a la interrogante enunciada antes. El trabajo está dividido en tres partes. Primero, trataré los tres aspectos

AUTOR

Víctor Ignacio Coronel Piña
Formando, CPM CDMX
Correo: victorignacio.coronel31@gmail.com
Fecha de Recepción: 19/11/17

fundamentales para ser analista. Segundo, reflexionaré sobre una pregunta planteada por Freud: ¿puede cualquier sujeto ser analista? Tercero, abordaré la cuestión de los límites del psicoanalista en su labor con el analizando.

II

Para ser psicoanalista se requiere necesariamente cumplir con tres condiciones (que quizá no sean suficientes): estar o haber estado en análisis, participar activamente en seminarios que permitan examinar y problematizar la obra de Freud y luego de los psicoanalistas posteriores; y finalmente estar o haber estado en supervisión, ya sea grupal o individual. Por principio podemos decir que cada una de esas tres condiciones tiene la



misma importancia, es decir, que cada uno de los tres elementos que conforman el “trípode formativo” es fundamental, de modo que resulta vital que cada uno de ellos se encuentre presente. De donde se sigue que si uno de ellos se encuentra ausente entonces no es posible ser analista.

Primero. Estar en análisis implica confrontarse con su historia de vida, con su niñez y con la relación que se tuvo y se tiene con los padres y quizá de manera especial con la madre en tanto que primer objeto de deseo y de amor. Ser analizado implica también reconocer un conjunto de enigmas y tratar de desentrañarlos, de otorgarles un sentido.

La necesidad del análisis es planteada por Freud, por eso afirma categóricamente:

Exigimos que todo el que quiera ejercer en otros el análisis se someta antes, él mismo a un análisis. Sólo en el

curso de este “autoanálisis” [...], cuando vivencia de hecho los procesos postulados por el análisis en su propia persona –mejor dicho, en su propia alma-, adquiere las convicciones que después lo guiarán como analista. (Freud, 1992, p. 186).

La experiencia del análisis permite comprender el valor y trascendencia del mismo y en ese sentido mediante esa convicción transmitirlo al otro.

Siguiendo a Freud cuando afirma que “infancia es destino”, podemos decir que la finalidad del análisis propio es permitirnos dar cuenta del modo en que nuestra infancia nos condiciona y de ese modo no estar condenados a repetirnos. Se trata de comprender el modo en que nuestra niñez resuena en lo que somos como adultos. El retorno a los primeros años de vida resulta crucial pues “todas las represiones decisivas ocurren en la primera infancia” (Freud, 1992, p. 191).

El análisis propio será la base para poder distinguir de manera clara y distinta nuestra castración y de ese modo asumirla. Por supuesto que de reconocerlo no se sigue, al menos de forma inmediata y necesaria, una transformación en la vida del sujeto. Sin embargo lo que se desea en el proceso de análisis y al final es la creación de esos cambios.



El estar en análisis constituye una experiencia imprescindible. En esa experiencia alcanzamos a comprender la importancia de la transferencia, la resistencia, el complejo nuclear, entre otros aspectos centrales del psicoanálisis, que a su vez son la base para el trabajo de análisis.

El único aspecto con el que debe cumplir el analizado es por supuesto la regla fundamental del psicoanálisis: “comunicar sin previa crítica todo cuanto le venga a la mente” (Freud, 1991b, p. 105). De modo que estar en análisis significa cumplir de manera permanente con esa exigencia y reconocer en la experiencia la dificultad que entraña el encuentro con la palabra y las implicaciones que de ella se derivan. La asociación libre implica básicamente, “decir, sin pensar.” Estar en análisis presupone la posibilidad de llegar a su fin, sin que eso cancele el retorno al psicoanálisis en calidad de analizado.

Segundo. El conocimiento profundo y crítico de la obra de Freud y los desarrollos posteriores del psicoanálisis es esencial, pues sólo conociendo la teoría freudiana es posible el ejercicio del análisis. Por supuesto que hay un conjunto importante de aspectos que no fueron tratados por el propio Freud, pero que no se podrían comprender sin él, pues en el fondo “ningún psicoanalista puede dejar de ser freudiano por el hecho de que adopte posturas e ideas de nuevos autores” (Pérez de Plá, 2001, pp. 188-189). Lo anterior puede ser una obviedad y sin embargo tiene un profundo sentido, a la luz de instituciones que pretenden estudiar el psicoanálisis prescindiendo de Freud. Por mi parte considero que esa es una labor carente de todo sentido, pues supone dejar de lado el punto de partida de aquello que se pretende estudiar.

La metapsicología se construye a partir de la clínica, de modo que resultan inseparables. Por eso ser analista supone la posibilidad de establecer un diálogo permanente entre la teoría y la clínica.

Tercero. La supervisión de los casos tiene por objetivo brindar herramientas para que el analista iniciado pueda realizar su ejercicio. Buscando separar lo que pertenece al paciente y a su vez comprender lo que se pone en juego en cada uno de los casos respecto de uno mismo. Lo que se juega en la supervisión es el reconocimiento de un

analista experimentado con otro que se inicia en la práctica del psicoanálisis con toda la responsabilidad que eso implica.

Las dos modalidades de la supervisión (individual y grupal) resultan valiosas, toda vez que permiten “amplificar” la escucha al mostrar ante otros analistas un caso. Además la supervisión constituye el único espacio en el que es deseable tratar sobre los pacientes, pues hacerlo fuera de ese espacio constituye una serie de problemas en los que se manifiesta que el analista es desbordado en su función.

Las tres condiciones para ser analista son vitales, pero eso no significa que no se puede plantear cierta jerarquía. El análisis propio ocupa un lugar predominante, pero en la medida en que se logra articular con la teoría se logra una comprensión plena del psicoanálisis.

Cada uno de los elementos del trípode de la formación, pone al sujeto en una relación distinta con el psicoanálisis. El análisis propio pone al sujeto en la posición del analizado, esto es, de aquel que busca dar cuenta de su propia historia y el modo en que construyó su novela familiar. Los seminarios lo dotan de los recursos teóricos. La supervisión lo pone en la posición del psicoanalista que da cuenta de su práctica ante otro analista que se encuentra en condiciones de reconocer algunas ausencias de escucha que no deben ser interpretadas como un mandato.

Las tres condiciones, en la actualidad caracterizada por un auge de instituciones que ofrecen una formación psicoanalítica, son puestas en tela de juicio, pues parecen creer que es suficiente el conocimiento de la teoría psicoanalítica para autorizarse como analista. Eso supone un conjunto de problemas, pues se deja de lado el análisis propio, es decir, el conocimiento del propio sujeto es considerado como una cuestión prescindible. Por otro lado, pone en riesgo a las personas que buscando un psicoanalista se encuentran con un *pseudoanalista*, es decir, con una persona que no cumple con las condiciones elementales proyectada por el propio Freud.

El punto es que un doctorado o maestría en teoría psicoanalítica no autoriza a ningún sujeto para que ese erija como analista. Eso no significa que el conocimiento adquirido no tenga ninguna importancia, claro que la tiene. Lo que se puede sostener es que tendría un avance en el conocimiento de la teoría. Pero se debe ser consciente de la necesidad de entrar a análisis.

La tarea del analista es compleja, no sólo por el proceso de formación, sino por la necesidad de estar en una exploración constante de sí mismo que puede significar el retorno al lugar del analizado, sin dejar de ser analista y a su vez la necesidad de volver a la supervisión.



III

¿Pueden cualquier sujeto que así lo desee ser psicoanalista? O en palabras de Freud, *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Sabemos por la propia postura final de Freud que sí, cualquiera puede ser analista. Sin embargo, parece que esa no fue siempre su postura. Prueba de ello es que en algunos de los escritos de técnica analítica, emplea el término médico en reiteradas ocasiones y no analista. Lo crucial en este punto es que Freud reconoce, como postura final, que los casos que aborda el psicoanalista desbordan el área médica y por eso no pueden ser tratados por el médico.

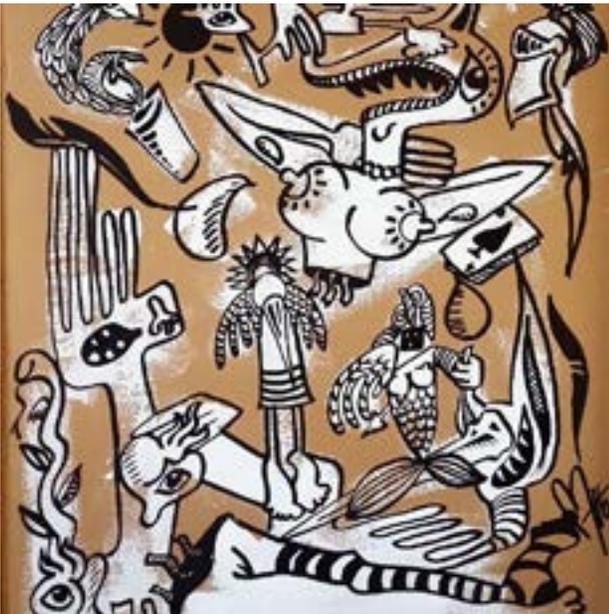
analista y médico. Sin que por ello sea deseable atender tanto en lo analítico como en lo médico al paciente, pues de hacerlo tendrá un efecto desfavorable en términos de la transferencia, pues implicaría llevar la relación analista-analizado a un espacio distinto al analítico. Esa cuestión además tiene una clara relación con la prohibición de atender analíticamente a familiares o personas con las que se tiene alguna relación cercana.

La cuestión relevante sobre el ejercicio analítico de los legos es que no es una cuestión resuelta de forma concluyente (de una vez y para siempre), pues surgen diversas preguntas. Más allá de si sé es médico o no, lo que es crucial es el deseo de ser analista (cuestión que es recomendable analizar), es decir, que quiera ejercer el análisis y cumpla con las condiciones para ser analista. Eso implica que tanto el médico como el lego deben pasar por ese proceso y de ese modo se pone a ambos en igualdad de condiciones.

En última instancia:

La preparación para la actividad analítica no es nada fácil ni simple, el trabajo es duro y grande la responsabilidad. Pero una vez que se ha pasado por esa instrucción, que uno mismo ha sido analizado, ha averiguado de la psicología de lo inconsciente lo que hoy puede saberse, conoce la ciencia de la vida

Título: *Velas sobre mí*, Técnica: yeso y acrílico sobre cartón
Medidas: 100x100cm, 2016



Lo anterior también implica reconocer que en más de una ocasión se hace necesario que el analista refiera al analizado con algún médico cuando surja la duda de si la cuestión puede ser orgánica. Lo anterior sin olvidar que cabe la posibilidad de que algún sujeto sea

sexual y ha aprendido la difícil técnica del psicoanálisis, el arte de la interpretación, el combate de las resistencias y el manejo de la transferencia, *ya no es un lego en el campo del psicoanálisis*. Está habilitado para emprender el tratamiento de perturbaciones neuróticas y con el tiempo podrá conseguir todo lo que puede exigirse de esta terapia. (Freud, 1992, pp. 212-213).

IV

¿Cuál es el papel del psicoanalista frente al analizado? ¿Qué es lo que le está permitido hacer? En una palabra ¿cuáles deben ser sus límites y qué implica su transgresión?

Por principio diremos que “quien quiera dirigir al sujeto estará en el lugar del educador, del moralista o del predicador, pero no del analista” (Morales, 2004, p.19). El psicoanalista debe realizar una labor que para nada se debe asemejar a la de un educador, a la de un moralista o la de un predicador, veamos por qué.

El psicoanalista en su labor debe prescindir de sus valoraciones morales, eso no significa que no las tenga, sino que no debe imponer al otro sus preceptos morales. De hecho se debe prescindir de toda valoración moral. La idea es que no debe censurar lo que dice el otro, pues eso dará la pauta para un

tipo de relación distinta a la que se debe generar entre analista y analizado. El riesgo de eso es que el analizado espere que el analista le diga que está bien y que no, para que ese sea el criterio para dirigir su obrar.

El hecho de que se pretenda imponer preceptos morales al otro, además tiene el consecuente riesgo de que el analista se asuma como un modelo moral y que el analizado lo perciba de ese modo.

Por otro lado, el psicoanalista no puede ser un predicador, es decir, aquel que cree tener la última palabra o la verdad. No se trata de imponer un conjunto de ideas sobre el otro, sino acompañar al analizado para que logre reconocer y asumir su palabra a partir de los enigmas que va encontrando en el proceso de análisis.

El papel y la labor del analista entraña absoluta responsabilidad, por ello se debe cuidar de no realizar funciones que no le corresponden y en ese sentido que niegan su papel como analista, en el sentido de situarlo en otra posición.

Pero entonces, ¿Cuál debe ser el papel del psicoanalista? Su labor es esencialmente la de un escucha, la de aquel que propicia que la palabra del analizado se haga escuchar, para que de ese modo sea posible pautar aquellas ideas que pueden tener un particular interés y develar lo que se encuentra en el inconsciente, es decir, tratar de crear las

condiciones para que el analizado pueda con sus propios recursos generar una interpretación o quizá el analista podría llegar a esbozar alguna interpretación para que el analizado piense hasta qué punto puede hacerla suya. El analista procurara que el analizado se escuche, es decir, se detenga a reflexionar sobre lo que fue diciendo y las implicaciones que eso puede tener.

El primer elemento a interpretar son los sueños. Freud interpreta sus sueños, para tratar de encontrar en ellos los elementos que permitan una aproximación al inconsciente, para tratar de dotarlos de un sentido que en un primer momento no tienen, por eso: “El cometido de esta interpretación de los sueños es provocar una introspección en la que el dato simbólico-onírico revela algo del inconsciente” (Beuchot, 1989, p. 92.).

El analista fomenta la asociación libre. Crea las condiciones para que se realice de forma plena y en todo momento. El psicoanalista tiene por tarea escuchar lo que dice el analizado, del mismo modo que el analizado tiene el deber de expresar todo lo que cruza por su mente: “el precepto de fijarse en todo por igual es el correspondiente necesario de lo que se exige al analizado, a saber: “que refiera todo cuanto se le ocurra, sin crítica ni selección previas” (Freud, 1991a, p. 112). La asociación libre es patrimonio del analizado, de modo que el analista debe intervenir

cuando sea necesario y no cada vez que se siente desbordado por el silencio del otro.

Sabemos que el camino al inconsciente no es una senda directa o previamente trazada, pues el hecho de pedir al analizado que se ajuste a la regla fundamental del análisis implica también desencadenar la resistencia, que en el fondo es ocultamiento en dos sentidos: de aquello que le resulta incómodo exteriorizar, por considerarlo íntimo; o de aquello que le es ajeno y por tanto no reconoce como propio.

Una de las tareas cruciales del análisis es vencer esas resistencias, es decir, lograr que el analizado deje de ocultar ciertas ideas que cruzan por su mente, pues en esa ideas se encuentra la materia que permitirá acceder al inconsciente y en ese sentido resolver las neurosis:

El psicoanálisis era sobre todo un arte de interpretación [pero luego] el centro de gravedad recayó en las resistencias de aquél; el arte consistía ahora en descubrirlas a la brevedad, en mostrárselas y, por medio de la influencia humana [...] moverlo a que las resignase (Freud, 1999, p. 18).

El analista “no está ahí para venderse como imagen de completud o de feliz progreso, sino para abrir los caminos del deseo y la palabra.” (Morales, 2004, p. 19). El analista no es ningún modelo moral o de vida, su única función es la



de lograr el cumplimiento de la asociación libre, es decir, que la palabra sea manifestada y luego explorada para ver los cauces que puede abrir. Lacan dirá que “el inconsciente está estructurado como lenguaje”, es decir, que sólo es posible acceder al inconsciente por medio de la asociación libre, por esa razón es que el analizado debe reconocer que la regla del psicoanálisis, es en el fondo una forma de empoderamiento vía la palabra. En última instancia: “el análisis es el lugar donde se intenta devolver el poder al lenguaje que constituye al sujeto” (Morales, 2004, p. 21).

El psicoanalista se propone que el analizado comunique la totalidad de las ideas que cruzan al analizado y sin embargo esa regla no se cumple. De forma radical u opuesta lo que ocurre en más de una ocasión es que en el analizado se instala el silencio, lo que abre una gran incógnita: “Si la regla fundamental [...] es la que posibilita que un análisis tenga lugar, aquí proponemos que el silencio [...] es la regla correspondiente al analista cuya desobediencia en buena medida imposibilita el buen desenlace de la cura” (Herrera, 2006, p. 106). El analista debe escuchar y ese sentido ser permeado por el silencio, de modo que la irrupción de la palabra sólo sea para alentar la palabra del otro, para pautar alguna interpretación y para reconducir el discurso del otro.

Sabemos que el lenguaje no puede abarcarlo todo y sin embargo no tenemos otro camino para acceder al inconsciente, para que el sujeto ponga de manifiesto su deseo. Ante la imposibilidad del lenguaje de abarcarlo todo, lo único que cabe es reconocer esa imposibilidad, es decir, hacerla consciente y de ese modo instalar el dispositivo psicoanalítico.

Título: *Movimiento (Izq.) y Corte (der.)*, Técnica: plumón sobre papel, Medidas: 52x40cm, 2015



V

La labor del analista supone una revisión permanente de sí mismo y en ese sentido tener presente la posibilidad de volver al análisis propio cada vez que se haga imperiosa la necesidad. Uno de los casos en los que se puede presentar esa situación es cuando el analista sea desbordado por aquello que van planteando los analizados. Lo anterior implica el reconocimiento del eco que puede generar en el analista lo dicho por

el analizado. El analista debe propiciar que el analizado cumpla con la asociación libre, pero teniendo presente que el silencio también dice. En los momentos en lo que el analizado guarda silencio se evidencia que se encuentra en una situación de conflicto que lo lleva a generar ciertas reservas y por tanto duda de si debe comunicarlo al analista o más bien guardarlo para sí mismo.

La responsabilidad del analista implica ser respetuoso ante lo que dice el analizado pues lo que hace es mostrarse, abrirse al otro, por ello no debe forzar las interpretaciones, en el sentido de comunicarlas al analizado por parecerle inmediatas. Lo que debe hacer el analista es guiar al analizado para que vaya construyendo su interpretación y nunca imponerle interpretaciones. El analista debe esperar a que el analizado puede hacer propia su palabra.

Sabemos que la sexualidad tiene un papel crucial en el psicoanálisis, por ello Freud afirma que el complejo nuclear que genera toda neurosis es el complejo de Edipo, pero ello no debe significar que el analista deba obligar al analizado a que hable sobre ello. Lo relevante es escuchar y esperar pacientemente a que el analizado se refiera a ello y así pueda discurrir sobre la cuestión en condiciones de libertad.

Finalmente, la labor del psicoanalista resulta compleja y requiere de un alto grado de responsabilidad. El proceso de formación

del psicoanalista, antes descrito, no se debe comprender de forma mecánica o lineal. Lo central es el deseo de ser psicoanalista. Siguiendo las palabras de Hamlet, podemos decir que todo se simplifica en una pregunta: ¿ser o no ser psicoanalista? Esa es la cuestión.



Título: *La transmutación de las emociones*, Técnica: tinta china y acuarela sobre papel, Medidas: 15x8cm, 2019

Referencias

- Beuchot, M. (1989). *Hermenéutica, lenguaje e inconsciente*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Freud, S. (1991a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, págs. 107-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)

Freud, S. (1991b). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, págs. 93- 105). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)

Freud, S. (1992). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 20, págs. 165- 244). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)

Freud, S. (1999). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, págs. 1 - 62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920)

Herrera, A. (2006). El silencio artefacto del goce. En A. Casas, *Los (con) fines del arte. Reflexiones desde el cine, el psicoanálisis y la filosofía*. México: UNAM.

Morales, H. (2004). De la ética a la política del analista. En A. De la Garza Walliser, *El lugar del psicoanalista* (págs. 17-27). México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.

Pérez de Plá, E. (2001). Melanie Klein y el nacimiento del psicoanálisis de niños. En M. Salles Manuel, *Manual de*

terapias psicoanalíticas en niños y adolescentes. México: Plaza y Valdéz.



















